

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Amable Mallada, 72 años

Baudilio Alonso, 26 años

LA HISTORIA DE UNA VIDA

Amable Mallada, asturiana de 72 años, casada con Manuel Rivaya, minero retirado y ahora pintor quiere dejar algo sentado desde el principio: “Soy socialista”, proclama orgullosa con voz segura y robusta como un roble, “y soy socialista por la vida que me tocó vivir.”

Amable habla mirando a los ojos. Su mirada, clara y firme como sus convicciones, aunque amigable y dulce a la par, delata su carácter asturiano. Carácter forjado en las cuencas mineras entre gente luchadora y trabajadora, gente seria y franca, pero acogedora, servicial y generosa, con un fuertísimo sentimiento de solidaridad. No en vano, han batallado durante cientos de años por su subsistencia contra un clima duro, contra una mina traidora, contra un paisaje tan bello como duro e impenetrable. Y eso marca. Se dice que los asturianos llevan un paisaje en el alma, pero gente como Amable son quienes dan alma a ese paisaje. Son el paisanaje que sostiene tercamente la lucha de una comarca contra los innumerables obstáculos que el destino les ha puesto en el camino.

Prosigue cronológicamente con el relato de su vida, desde la Guerra Civil que casi se lleva a su padre, a la cruel posguerra, haciendo gala de una memoria prodigiosa. Charlando de aquellos años sale el nombre de Eisenhower, presidente de los EEUU, pero Amable lo pronuncia “Aizenhawa” con un exquisito acento alemán que reconozco por mis frustrados intentos en dicho idioma. Me entra la curiosidad, y la interrumpo:

“Perdone Amable, pero me ha llamado la atención el modo en que usted pronuncia Eisenhower, ¿es que habla usted alemán?”

Sí, dice ella esbozando una sonrisa. “Estuvimos emigrados en Alemania cuatro años. Fue después de que el “mi” Manuel (utiliza “mi” delante del nombre, como se hace en Asturias con las personas más queridas, como padres, hijos o el cónyuge en este caso) tuviera el accidente en la mina. Se puso a trabajar en la construcción, y sacó el título de Maestro Albañil a distancia con la academia CEAC, que estaba en Barcelona. Fueron años duros, trabajaba 12 horas y al regresar se ponía a estudiar. Los finales de los 50 fueron una época buena para la construcción, porque Franco, eso se lo reconozco, hizo muchas viviendas sociales, lo que fue bueno tanto para la gente que las recibió como para quien como Manuel trabajó en su construcción. Pero era otra época, no había la infraestructura que hay hoy, así que cuando se acabaron de construir las viviendas del plan, sencillamente todo se paró, y Manuel se quedó sin trabajo”. Manuel Ribaya, su marido, es hoy un reconocido pintor a cuyas exposiciones he asistido alguna vez

“Pero nunca nos vinimos abajo por las dificultades, y con Francisco, nuestro hijo, ya nacido, Manuel se fue a Alemania, ya que en aquella época era común que la gente emigrara a Europa a buscar trabajo”. Sus ojos brillan recordando aquellos días.

“Volvió a los 7 meses a buscarnos”, sonrío evocando el momento. “Y para allá me fui, a un país cuya cultura desconocía y de cuya lengua no entendía nada. Así que mi primera preocupación fue aprender el idioma, tenía claro que si estábamos en Alemania debíamos vivir como alemanes. Pasaba los días estudiando alemán, cuidando de Francisco mientras Manuel trabajaba para un constructor local”.

Las anécdotas salen al paso sazonzando los recuerdos y aún hoy se ríe con ganas de alguna de ellas. Cuenta la primera vez que le dieron un aumento de sueldo a Manuel, quien al llegar a casa y ver dinero de más en el sobre, cogió la bicicleta y fue a la oficina pensando que era una equivocación, y cómo los jefes se rieron

Recordar, compartir, aprender

ante su ingenua honestidad. O que una vez ella misma salió de una panadería a toda prisa porque no sabía como decir gracias y le dio vergüenza que la tomaran por maleducada.

Y sin embargo, retornaron. Y es que ni el trabajo de ella, ni las grandes posibilidades de ascenso de Manuel, ni la vida que ya habían construido en su país de acogida, tiraron tanto como su hijo.

“Sí, fue Francisco el motivo de nuestra vuelta”, cuenta ella emocionada. Mira hacia atrás y recuerda el momento en el que tras unas vacaciones en Asturias, siendo Francisco, todavía un niño, se aferró con tal fuerza a los brazos de sus abuelos a la hora de partir que no hubo manera de meterlo en el tren de vuelta.

“Fueron 40 horas de viaje interminables, con la falta de Francisco, y es que los hijos sois lo máximo para los padres, todavía hoy, a pesar de ser un hombre hecho y derecho, para mí sigue siendo ‘el mi neno’”, cuenta orgullosa.

“Así que nos volvimos al poco; aquel lugar carecía de sentido con la ausencia de Francisco. Con gran tristeza para el jefe de Manuel, que le instaba a quedarse en Alemania, donde ni el trabajo ni las mujeres le iban a faltar nunca. Que me dejara ir sola a España, le dijo. ¡Vaya cómo se las gastaba el tipo!”, rememora ella con sorna.

Aquella experiencia la enriqueció personalmente. Guarda un gran recuerdo de un país que admira por su civismo, su respeto y su orden. Y aún hoy se sigue preguntando cómo aquella gente pudo en su día seguir a aquel loco que destruyó Europa.

“Por eso vosotros, los jóvenes, que sois el tesoro del país, debéis prepararos y salir afuera, aprender idiomas y empaparos de otras culturas. Enriqueceros y luchar por vuestros sueños, asegura con la emoción de quien sabe de lo que habla. Debéis luchar por ser felices, como hice yo en una época mucho más difícil que hoy en día”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Yo tengo 72 años, y sé que mi camino está ya andado. Puedo decir que lo importante de todo son los tuyos, disfrutar del día a día con tu familia. Mi mayor ilusión ahora es la felicidad de mi hijo y su mujer, que para mí es una hija. Y de mis nietas, que son las niñas de mis ojos. No aspiro a nada más que a eso, a que ellos cumplan sus sueños, los míos están cumplidos.

Manuel no puede viajar por una operación que le hicieron hace años. Y ciertamente un viaje carece de sentido sin él. Me considero afortunada por tener mis necesidades cubiertas, no tengo grandes pretensiones para vivir.”

“¿Lo que realmente merece la pena de vivir?” Se queda pensativa unos segundos antes de proseguir. “Creo que sería más fácil contestarte diciendo que no conozco ningún motivo por el que no merezca la pena vivir. He vivido una guerra, una posguerra, he estado emigrada, he visto morir y sufrir a gente que amaba, y he pasado muchas dificultades. Y sin embargo”, continua algo emocionada, “siempre hubo un motivo para luchar, para seguir adelante, ya bien fuera Manuel, Francisco, o mis nietas. Y otras cosas que aunque parezcan más pequeñas, son igualmente importantes: charlar con mis amigas en el centro social, pasear de tarde por la senda o tener a toda mi familia comiendo en casa. A mi edad, ver amanecer otro día es toda una alegría.”